Caminar en Familia bajo el impulso del Espíritu Santo. Algunas dimensiones de la espiritualidad familiar

Mons. Manuel Sánchez Monge
Obispo de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol

Sumario

Según el autor, vivir la espiritualidad conyugal y familiar supone vivir nuevas relaciones: en primer lugar, una nueva relación con Cristo que posee carácter sacramental puesto que se basa en el sacramento del matrimonio; más concretamente, implica una conformación con Cristo que entrega su vida por amor en la Eucaristía. Por medio de Jesucristo, la familia cristiana se relaciona con el Padre y el Espíritu Santo constituyendo en la tierra un verdadero icono de la santa Trinidad. Desde aquí se sabe que la espiritualidad específica la viven las familias cristianas como 'iglesias domésticas', transformando según Dios las realidades terrenas. Vivir la espiritualidad propia de la familia es *vivir la caridad* familiar. Las características propias de la espiritualidad familiar se reflejan en su modo de orar, por eso trata también de la *plegaria familiar,* terminando adentrándose en los *retos de la espiritualidad familiar en el mundo de hoy.*

Palabras clave: espiritualidad familiar y conyugal, icono, caridad conyugal, plegaria familiar.

Summary

According to the author, to live the conjugal and family spirituality is to live according to new relations: in the first place a new relationship with Christ that poses a sacramental character based in the sacrament of matrimony; more concretely, it implies conformity with Christ who offers his life in love in the Eucharist. Through the person of Jesus

Universidad Pontificia de Salamanca

Christ, the Christian family has relationship with the Father and the Holy Spirit, building on earth a true icon of the Holy Trinity. Therefore it is known that the specific spirituality that the Christian family lives as "domestic Churches," thus transforming through God, earthly realities. To live the spirituality proper of the family is *to live family love*. The proper characteristics of spirituality of the family are reflected in the mode of prayer, through which is also brought *family prayer*, finishing within itself in the *challenge of family spirituality in the world of today*.

Key words: Family and conjugal spirituality, icon, conjugal love, family prayer.

Constituye un signo de esperanza en el mundo de hoy, aunque no exento de ambigüedades, el fuerte reclamo de espiritualidad que incluye una fuerte llamada a la experiencia primigenia cristiana. Como dijo A. Soljenitsyn en la Universidad de Harvard: "El mundo, hoy, está en vísperas, sino de su propia pérdida, por lo menos de un giro de la Historia, que no cede en importancia al de la Edad Media hacia el Renacimiento. Este giro exigirá de nosotros una llamada espiritual, una ascensión hacia una nueva altura de miras, hacia una nueva forma de vida, donde no será tampoco pisoteada, como en la Edad Moderna, nuestra naturaleza espiritual. Esta ascensión es comparable al tránsito a un nuevo grado antropológico. Nadie en la tierra tiene otra alternativa que la de ir siempre más arriba".

El término 'espiritualidad' adquiere hoy multitud de significados. Por eso conviene aclarar desde un principio que no entendemos aquí espiritualidad como un conjunto de consideraciones y prácticas piadosas, ni como algo propio de supercristianos, privilegio de genios de la vida cristiana (como S. Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús). También la santidad que resplandece en gente humilde y sencilla nos permite percibir de una manera fascinante la belleza de la verdad, la fuerza liberadora del amor de Dios y el valor de la fidelidad incondicionada a todas las exigencias de la ley del Señor, incluso en las circunstancias más difíciles. Por otra parte, la espiritualidad familiar no es un sobreañadido, una especie de ropaje adicional a lo que supone ser una familia cristiana. No sólo no permite evadirse a los cristianos en familia del compromiso en el mundo, sino que la espiritualidad familiar, si es auténtica, le da hondura y perduración en el tiempo.

El redescubrimiento del papel del Espíritu Santo en la vida del cristiano, y más concretamente en los esposos y en la familia está contribuyendo poderosamente a potenciar espiritualidad familiar. El Espíritu, que es amor y vida, es el creador de familia. Porque no se trata, en definitiva, de imponer a nadie desde fuera una espiritualidad determinada, sino de vivir la propia vida cristiana bajo la moción del Espíritu, siempre nueva y siempre original. La espiritualidad no es algo indeterminado y difuso. Para un cristiano, la espiritualidad

Universidad Pontificia de Salamanca

significa vivir según el Espíritu del Señor y, desde ahí, descubrir y vivir la propia vocación y la propia tarea. Es dejar que el Espíritu del Señor de forma a nuestro espíritu, a nuestro corazón, a nuestro ser. La espiritualidad familiar, pues, se identifica con la identidad de la familia cristiana. "La espiritualidad conyugal cristiana –dejó dicho Juan Pablo II– no es, en fin, algo diverso del desarrollo normal de la vida según el Espíritu de Cristo, del don y de las exigencias matrimoniales"[1]. En consecuencia, la espiritualidad matrimonial y familiar no debe ser concebida ante todo como un empeño ascético llevado a cabo a base de voluntarismo por los esposos y demás miembros de la familia, sino como un don y una obediencia al Espíritu, en una síntesis vital entre la gracia del sacramento y el compromiso permanente de los esposos y demás miembros de la familia para realizar aquello que han llegado a ser en Cristo y en la Iglesia.

La familia cristiana necesita, sobre todo, una espiritualidad, una mística. La espiritualidad –bien lo sabemos– representa una manera de vivir en fidelidad y creatividad el Evangelio siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo. La espiritualidad conyugal y familiar se puede decir que es antigua y es nueva. La 'conciencia' explícita y refleja de una espiritualidad propiamente conyugal o familiar no emerge claramente hasta poco antes del Concilio Vaticano II. Ha sido este Concilio el que, asumiendo y profundizando experiencias y reflexiones de algunos movimientos conyugales y familiares, ha propuesto unas enseñanzas preciosas y unas orientaciones pastorales estimulantes acerca de la vida espiritual de los esposos y de la familia cristiana. Tres son las aportaciones más destacadas del último Concilio respecto a la espiritualidad familiar: Por una parte, reconoce una espiritualidad específicamente conyugal-familiar (LG 11 y 41), por otra, la fundamenta en el sacramento del matrimonio del que se alimenta permanentemente (LG 11 y 35) y, por fin, enseña que la santidad conyugal y familiar pasa por la santificación de las realidades típicas de la vida matrimonial y familiar (LG 11 y GS 38). A ellas nos referiremos en repetidas ocasiones a lo largo de este trabajo.

El Papa Juan Pablo II continúa y profundiza la línea marcada por el Vaticano II. Apuesta por la espiritualidad como una de las dimensiones, hoy más necesaria que nunca, en la que deben converger todas las consideraciones sobre el origen y la finalidad de la familia cristiana, que encontrará en ella su dinamismo, su equilibrio y su plena realización. "Un ultimo pensamiento –decía Juan Pablo II en el Encuentro con las familias de 1980– me lleva a una dimensión invisible, no traducible en cifras, pero que hay que considerar entre las más importantes si no la más importante de la realidad familiar.

[1] JUAN PABLO II, *Discurso a la reunión plenaria del Pontificio Consejo para la Familia,* 21.5.87.

Universidad Pontificia de Salamanca

Me refiero - lo habéis adivinado ya - a la espiritualidad familiar. Hacia este punto de referencia deberían converger siempre todas las consideraciones sobre la familia cristiana hacia la propia raíz y el propio vértice. [...] Existe, pues, una forma especifica de vivir el Evangelio en el marco de la vida familiar. Aprenderla y actuarla es vivir plenamente la espiritualidad matrimonial y familiar. La hora de la prueba y la esperanza que está viviendo la familia cristiana exigen que un número cada vez mayor de familias descubran y pongan en práctica una sólida espiritualidad familiar en medio de la trama cotidiana de la propia existencia [...] La familia cristiana tiene necesidad de esta espiritualidad para encontrar su equilibrio, su plena realización, su serenidad, su dinamismo, su apertura a los demás, su alegría y su felicidad"[2].

Finalmente, no olvidemos que la espiritualidad familiar ha de vivirse en circunstancias históricas concretas. Hoy día el olvido de Dios, la indiferencia religiosa, la falta de esperanza, la religiosidad a la carta, la subjetiva apreciación de los valores, el relativismo moral, la confusión de lo legal con lo ético, afectan muy hondamente a los cristianos en general y a las familias cristianas en particular. El hedonismo difundido por doquier banaliza las relaciones humanas y las vacía de su valor genuino y de su belleza. En la cultura actual se exalta la libertad y la autonomía del individuo como si él solo se bastara a sí mismo, al margen de su relación con los demás y ajeno a sus responsabilidades ante ellos, lo cual supone un perjuicio grande para la permanencia en la convivencia conyugal y familiar. Igualmente este convivencia resulta perjudicada por el intento de organizar la vida sólo a partir de deseos subjetivos y mudables, sin referencia alguna a la verdad objetiva. Ante este panorama se hacen más necesarias que nunca familias que no se dejen arrastrar por las corrientes culturales actuales inspiradas en el hedonismo y el relativismo. Estos fenómenos de nuestro tiempo están reclamando una nitidez más grande en el testimonio cristiano de nuestras familias, una presentación más atrayente del ideal de la familia cristiana a la luz del Evangelio. A los seglares incumbe construir la Iglesia primordialmente a través de la familia. Han de demostrar con su propia experiencia que el matrimonio cristiano es un camino de felicidad y de realización personal. El amor, la fidelidad, el respeto y apoyo mutuo, saberse perdonar y darse nuevas oportunidades son a la vez un don y una tarea que hay que construir día a día. "La estabilidad de la familia está hoy en peligro, ha advertido el Papa Benedicto XVI. Para salvaguardarla, con frecuencia es necesario ir contracorriente a la cultura dominante, y esto exige paciencia, esfuerzo, sacrificio y búsqueda incesante de comprensión mutua. Pero también hoy los

[2] JUAN PABLO II, *Hay que dar confianza a las familias cristianas, Encuentro con las familias, 12.10.1980*.

Universidad Pontificia de Salamanca

cónyuges pueden superar las dificultades y mantenerse fieles a su vocación, recurriendo a la ayuda de Dios con la oración y participando asiduamente en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía"[3].

Vivir la espiritualidad conyugal y familiar supone vivir nuevas relaciones: 1) en primer lugar una nueva relación con Cristo (*dimensión cristocéntrica*) que posee carácter sacramental puesto que se basa en el sacramento del matrimonio; 2) más concretamente, la espiritualidad conyugal y familiar implica una conformación con Cristo que entrega su vida por amor en la Eucaristía (*dimensión eucarística*). 3) Por medio de Jesucristo, la familia cristiana se relaciona con el Padre y el Espíritu Santo (*dimensión trinitaria*) constituyendo en la tierra un verdadero icono de la santa Trinidad; 4) la espiritualidad específica la viven las familias cristianas como 'iglesias domésticas' (*dimensión eclesial*), 5) gestionando y transformando según Dios las realidades terrenas (*dimensión laical*). En resumen: vivir la espiritualidad propia del matrimonio y la familia es 6) *vivir la caridad conyugal* y familiar. Estas dimensiones de las que hablamos forman un todo y están tan estrechamente unidas entre sí que no se pueden separar. No se puede escoger vivir unas sí y otras no. Si las consideramos una a una es para penetrar mejor en su contenido. Las características propias de la espiritualidad familiar se reflejan en su modo de orar por eso 7) hablaremos de la *plegaria familiar*. Terminamos adentrándonos un poco en los 8*) retos de la espiritualidad familiar en el mundo de hoy*.

1. Dimensión cristocéntrica

"No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» [4]. El amor matrimonial constituye para los esposos cristianos una ocasión privilegiada de encuentro con Jesucristo. Porque, si es verdadero, posee una dimensión trascendente, va más allá del encuentro entre un yo y un tú humanos; el encuentro amoroso está inmerso y tiende por su mismo dinamismo hacia Dios mismo.

[3] BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos en Roma*, 13.05.06. S. JUAN CRISOSTOMO, *Comentario a la carta a los Efesios, Homilía* 20,5: PG 62,141P. EVDOKIMOV, *El sacerdocio conyugal* en: AA. VV., *El matrimonio*, Mensajero, Bilbao 1969, 136. CEC 1624. El es en la Trinidad 'el gozo en el don' (S. AGUSTIN, *De Trin.* 6,10,11), "la alegría eterna en la que los Tres se complacen juntos" (GREGORIO PALAMAS, *Capita Physica*: PG 150, 1146)

[4] BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est* [en adelante DCE], 1

Universidad Pontificia de Salamanca

Ahora bien, el misterio de Dios les sale al encuentro a los esposos cristianos en la persona de Jesucristo. Es El quien constituye la clave de interpretación y de vida de lo que es y está llamada a ser la familia en el designio de Dios. De manera semejante a como Cristo "manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (Concilio Vaticano II, GS 22), así también, la familia y su vocación se esclarecen y cobran pleno sentido a luz de Jesucristo. "El misterio de la Encarnación del Verbo está en estrecha relación con la familia humana, con cada una de ellas", escribió Juan Pablo II en su "*Carta a las Familias*". Cristo afecta al hombre, a todo hombre, a todo el hombre, a todo lo humano. Y afecta de manera total y decisiva. En Él, y nada más que en Él, está la salvación y el logro del hombre. La familia es ciertamente, como dice el Papa, "un camino común, aunque particular, único e irrepetible, como irrepetible es todo hombre; un camino del cual no puede alejarse el ser humano"[5]. Por eso la familia es camino de la Iglesia; y este camino es inseparable de Cristo. Sólo en Cristo tiene su base, su fin y su orientación, sólo en Él adquiere su sentido, su verdad y su realización.

"La familia, como señalaba el Papa Juan Pablo II, tiene su origen en el mismo amor con que el Creador abraza al mundo creado, como está expresado al principio... Jesús ofrece una prueba suprema de ello en el Evangelio: 'Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único' (Jn 3,16). El Hijo Unigénito... entró en la historia de los hombres a través de una familia... Por tanto, si Cristo 'manifiesta plenamente el hombre al propio hombre' lo hace empezando por la familia en la que eligió nacer y crecer... El misterio divino de la Encarnación del Verbo está, pues, en estrecha relación con la familia humana,... con cada familia, análogamente a cuanto el Concilio Vaticano II afirma del Hijo de Dios, que en la Encarnación 'se ha unido, en cierto modo, a todo hombre... En este sentido, tanto el hombre como la familia constituyen el 'camino de la Iglesia'"[6].

El encuentro con Cristo sobre el que se basa la espiritualidad conyugal y familiar tiene carácter sacramental. Dos son, sobre todo, los sacramentos que la sostienen: el sacramento del bautismo que consagra al creyente en Cristo y el sacramento del matrimonio que especifica la gracia bautismal transformando toda la vida conyugal y, de algún modo, también la familiar: "Fuente y medio original de santificación propia para los cónyuges y para la familia cristiana es el sacramento del matrimonio, que presupone y perfecciona la gracia santificadora del bautismo.[...]. La vocación universal a la santidad está dirigida también a los cónyuges y padres cristianos. Para ellos está *especificada* por el sacramento celebrado y *traducida* concretamente en las realidades propias de la existencia conyugal

[5] JUAN PABLO II, *Carta a las familias* (en adelante: *CF* 12.

[6] JUAN PABLO II, *CF* 2.

Universidad Pontificia de Salamanca

y familiar. De ahí nacen la gracia y la exigencia de una auténtica y profunda *espiritualidad conyugal y familiar,* que ha de inspirarse en los motivos de la creación, de la alianza, de la cruz, de la resurrección y del signo, de los que se ha ocupado en más de una ocasión el Sínodo"[7].

Cristo elevó la vocación natural al amor de todo hombre y mujer a la categoría de sacramento para que su misión propia (ser a la vez unitivo y creativo), se pudiera llevar a plenitud, para que los esposos pudieran amar hasta el infinito, con el mismo amor de Dios. El sacramento del matrimonio, por ser verdadero sacramento de la nueva alianza, es signo y fuente de salvación, pero lo es de modo específico. Hace partícipes de la salvación a los esposos en cuanto 'unidad de dos', en la misma vivencia del amor conyugal y de los deberes familiares. Este elemento específico del matrimonio sacramento determina el carácter propio de la espiritualidad conyugal y familiar[8]. El sacramento del matrimonio no da lugar en los esposos a 'otra' relación con Cristo y con la Iglesia diversa de la que ya tenían por el bautismo, pero sí origina una nueva modalidad o concreción de la 'novedad' bautismal: el sacramento del matrimonio determina el espacio y el modo en que los esposos cristianos viven la vocación bautismal, representa una como determinación sacramental de la vocación bautismal que consiste en desvelar al máximo el sentido y exigencias de la existencia de los esposos y en conferirles las gracias para poder vivir de acuerdo con la realidad significada: la alianza indisoluble de Cristo con la Iglesia[9].

El matrimonio es fuente y medio original de la realización personal y de la santificación de los esposos. "Entre la alianza esponsal de Cristo con la Iglesia y la alianza matrimonial se da, por el sacramento, una relación real e intrínseca, no se trata sólo de un símbolo, ni de una simple analogía. La "unidad en la carne" o "unidad de dos" que los esposos han venido a ser por el matrimonio, es asumida y transformada de tal manera en la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia que, en adelante, sólo viven en la verdad de lo que son si el discurrir de su existencia es manifestación y testimonio del amor de Cristo a la Iglesia o de Dios a la humanidad. A esta profunda transformación realizada por el sacramento se refiere a veces el Magisterio de la Iglesia cuando enseña que "los esposos cristianos son robustecidos y como consagrados por un sacramento especial" (GS 48).

[7] JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* (en adelante: FC) 56.

[8] Ver, por ejemplo, E. ALBUQUERQUE, *Familia: vocación y misión*, Madrid 1994, 80-81.

[9] Cf. A. SARMIENTO-M. ICETA, *¡Nos casamos! Curso de preparación al matrimonio*, Eunsa, Pamplona 2005, 84.

Universidad Pontificia de Salamanca

Todo esto quiere decir fundamentalmente que:

a) El sacramento del matrimonio concede a cada cónyuge la capacidad necesaria para llevar a su plenitud existencial la vocación que ha recibido en el bautismo y

b) A la esencia de esa capacitación pertenece ser, al mismo tiempo e inseparablemente, instrumento y mediador de la realización de la santificación del otro cónyuge y de toda la familia. En la tarea de la propia y personal perfección y santificación, el marido y la esposa han de tener siempre presente su condición de esposos y, por eso, al otro cónyuge y a la familia.

El matrimonio es un sacramento permanente. Es decir, su celebración es transitoria, pero los efectos perduran a lo largo de toda la vida de los esposos. El sacramento celebrado es garantía para los esposos de la gracia de Dios para vivir con fidelidad las exigencias propias de la vida matrimonial y familiar. Esto no impide que los esposos han de ir apropiándose del sacramento en la vida real progresivamente. Todos los actos que forman parte de la vida conyugal son, por tanto, sacramentales: el respeto mutuo, vivir la sexualidad, acogerse, la formación de los hijos… y aún las crisis y las reconciliaciones.

2. Dimensión eucarística

Enseña el Concilio Vaticano II y lo recoge luego el Catecismo de la Iglesia Católica: "Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura"[10].

En la espiritualidad conyugal, como en cualquier otra forma de espiritualidad cristiana, pero con matices nuevos, la eucaristía constituye la cima y el cimiento a la vez. Existe una real analogía entre el sacramento de la Eucaristía y el del matrimonio. Ambos son signo sacramental, cada uno a su modo, del amor esponsal de Cristo con su Iglesia. En la eucaristía celebramos la entrega total de Cristo hasta la muerte para purificar a la Iglesia y desposarse con ella. La Iglesia –también la 'iglesia doméstica'- nace del costado abierto del Salvador. En el sacramento eucarístico se perpetúa para siempre el sacrificio

[10] VATICANO II, *SC* 47 y CEC 1323.

Universidad Pontificia de Salamanca

de Cristo y por eso es memorial del amor y de la pasión del Señor. De modo análogo, también ese mismo amor se perpetúa en el amor gratuito y sacrificado de los esposos cristianos, cuya unión y entrega mutua significan la unión indisoluble y fecunda de Cristo con su Iglesia.

La eucaristía edifica el matrimonio cristiano en su dimensión histórica, concreta, dinámica. Recibiendo el cuerpo de Cristo, 'entregado por nosotros', y su sangre, 'derramada por todos', los esposos reciben la fortaleza necesaria para hacerse el uno al otro el don irrevocable de si mismos y, al mismo tiempo, don común a todos los hermanos. A través de la eucaristía se recapitula en Cristo (Col 1,19) todo lo que constituye el tejido de la vida del matrimonio cristiano: es Cristo, no la buena voluntad de los esposos, el que redime continuamente las realidades humanas y las hace capaces de convertirse en instrumento de crecimiento sobrenatural. El es, en la eucaristía, el "Dios con nosotros" (Mt 1,23) continuamente entregado por la salvación del mundo. Es también en la Eucaristía donde Dios continúa llamando a los esposos, y con ellos a la familia entera, a responder positivamente a su vocación mediante el Espíritu. Es decir, a ser una participación cada vez más plena y signo cada vez más transparente del amor Cristo a la Iglesia.

"La eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia, en cuanto sellada con la sangre de la cruz. Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal. En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad la familia cristiana halla el fundamento y el alma de su 'comunión' y de su 'misión', ya que el Pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo, revelación y participación de la más amplia unidad de la Iglesia; además, la participación en el Cuerpo 'entregado' y en la Sangre 'derramada' de Cristo se hace fuente inagotable del dinamismo misionero y apostólico de la familia cristiana"[11].

En este sentido, la condición conyugal se convierte también, de algún modo, en una eucaristía, en un memorial perenne y viviente del amor fiel y sacrificado de Cristo por el hombre (1 Cor 11,25ss). Por otra parte, la eucaristía edifica también la comunión familiar: convierte a la familia cristiana en iglesia doméstica. Los diversos momentos de la vida en el hogar pueden convertirse entonces en una prolongación y un anuncio de la fiesta de la familia de los hijos de Dios que es la Eucaristía.

[11] JUAN PABLO II, *FC* 57

Universidad Pontificia de Salamanca

La espiritualidad del matrimonio cristiano es fruto de la Cruz de Cristo. Por ello, "los elementos constitutivos de la espiritualidad conyugal son la inserción en Cristo obrada por el Bautismo y la participación en el Misterio Pascual"[10]. De ahí la conveniencia de celebrar el sacramento del matrimonio dentro de la Misa y la necesidad de que los esposos frecuenten la Eucaristía para mantener viva su unión (Cf. FC, 57). La alianza de los esposos está integrada en la alianza de Dios con los hombres. De este modo, "el auténtico amor conyugal es asumido en el amor divino" (GS, 48, 2).

En Jesucristo comulgado en la Eucaristía aprende la familia cristiana el amor gratuito. La gratuidad, eje central de la espiritualidad cristiana, debe aplicarse a la vida familiar. La propuesta del amor como donación plena de sí mismo, formulada en Ef. 5,21ss para hablar de las relaciones conyugales, ha de vivirse también en la relación padres-hijos. La gratuidad supone un largo aprendizaje. Hoy es conocida la tendencia a afirmar la subjetividad en una línea individualista. La vida se organiza en torno a las conveniencias individuales. La familia cristiana ha de enseñar a ir más allá de las conveniencias y motivaciones interesadas para que el amor pueda ser profundamente espiritual sin dejar de ser íntegramente humano.

El amor, si es auténtico, implica un gozo grande no exento de sufrimiento. Este sufrimiento permite experimentar la fragilidad e inseguridad del ser humano. Pero, iluminado por el amor eucarístico de Jesús, se experimenta en la familia cristiana que tiene un valor sanador y redentor. A partir de él se aprende a ponerse los unos al servicio de los otros, a escuchar y a dar, a comprender los silencios, las negativas de los otros, a descubrir que a veces pueden estar diciendo "sí", aun cuando con las palabras digan "no". El perdón gratuito de nuestros familiares, unido al perdón de Dios, cura nuestras heridas.

Es, por tanto, muy conveniente que los esposos, y en la medida de los posible toda la familia, participen juntos en la Eucaristía, sobre todo en la dominical. De este modo su amor se verá fortalecido por el amor que siembra en sus corazones la propia Eucaristía. No olvidemos que los cristianos, cuando comulgamos, nos vamos configurando y transformando progresivamente en Aquel a quien comemos. Los esposos cristianos, en consecuencia, en la medida en que participan de la mesa eucarística, se fortalecen en su mutua entrega y fidelidad.

3. Dimensión trinitaria

Por medio de Jesucristo, la familia cristiana descubre su relación con la santa Trinidad. Escribió en su momento K. Rahner algo que estremecedoramente resulta verdadero también hoy: "Podemos

Universidad Pontificia de Salamanca

aventurar la conjetura de que si tuviéramos que eliminar un día la doctrina de la Trinidad por haber descubierto que era falsa, la mayor parte de la literatura religiosa quedaría casi inalterada... Cabe la sospecha de que, si no hubiera Trinidad, en el catecismo de la cabeza y del corazón de los creyentes (a diferencia del catecismo impreso), la idea que tienen los cristianos de la encarnación no necesitaría cambiar en absoluto"[12]. Sin embargo, la Trinidad no es un teorema complicado de aritmética teológica, sino el rostro reluciente y el hogar cálido que anhela nuestro corazón. La Trinidad es nuestra cuna y nuestra patria definitiva. Cuando confesamos la Trinidad, afirmamos que Dios no es solitario, sino solidario, que Dios no es soledad, sino familia: "Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad, sino familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor", afirmó el Papa Juan Pablo II en Méjico[13]. Dios es comunión de personas, compañía amable y amante. Dios es comunidad, vida compartida, entrega y donación mutua, comunión gozosa de amor y de vida. Nada extraño, pues, que Juan Pablo II vea la familia cristiana como icono de la Trinidad: "Las familias cristianas existen para formar una comunión de personas en el amor. Por ello la Iglesia y la familia son, cada una a su modo, ejemplos vivientes, en la historia humana, de la eterna comunión en el amor de las Tres Personas de la Santísima Trinidad"[14]. Y en otra ocasión explica: "En la Navidad Dios ha salido al encuentro del hombre y lo ha unido indisolublemente a sí; este "*admirabile consortium*" incluye también el *"familiare consortium*". Contemplando esta realidad, la Iglesia se pone de rodillas como ante un "gran misterio" (cf. Ef. 5,32): en la experiencia de comunión a que está llamada la familia ve un reflejo en el tiempo, de la comunión trinitaria y sabe bien que el matrimonio cristiano no es sólo una realidad natural, sino también el sacramento de la unidad esponsal de Cristo con su Iglesia[15].

Es quizá en el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 2205) donde aparece más explícita la relación de la familia con el misterio trinitario: "La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios. Es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo. La

[12] K. RAHNER, *El Dios trino como principio y fundamento transcendente de la historia de la salvación*: Myst. Sal. II/1, Cristiandad, Madrid 1969, 361-362.

[13] JUAN PABLO II, *Hom. en el Seminario Palafoxiano de Puebla [28.1.89]*. Estas afirmaciones de Juan Pablo II gozan del respaldo de una larga tradición en los Padres de la Iglesia de los primeros siglos que comparaban a la Trinidad con la familia: Cf. Y. M. CONGAR, *El Espíritu Santo* (Barcelona 1984) 592 ss.

[14] JUAN PABLO II, Homilía en la Misa en Columbia (USA) [11.9.87].

[15] JUAN PABLO II, *Audiencia general, 29.12.93*: Ecclesia 2.668 (22.1.94) 26

Universidad Pontificia de Salamanca

oración cotidiana y la lectura de la Palabra de Dios fortalecen en ella la caridad. La familia cristiana es evangelizadora y misionera".

Lo que se juega al hablar de la relación de la familia con la Trinidad, como vemos, no es algo secundario que sólo interesa a la teología académica; ni es una especulación vacía, desligada de la vida. Todo lo contrario. Cuando para hablar de la familia parece que nos desviamos considerando el misterio de la Trinidad, estamos poniendo los cimientos para acceder al centro mismo de lo que la familia es y significa. La familia, de forma semejante a la Trinidad, es comunidad de personas en el amor, donde hay reconocimiento del otro en su alteridad. La confesión de Dios como trinidad de personas no tolera cualquier monoteísmo que pretenda justificar el poder que domina y oprime; sólo es compatible con el amor que afirma y promueve la comunidad entre los seres humanos. La Trinidad es familia. La unión de amor entre las Personas divinas resalta la diferencia, singulariza a cada una de ellas. El amor, en la familia trinitaria y en la familia cristiana, lejos de anular a aquél a quien ama, le respeta, le hace ser lo que es. El Espíritu Santo es el vínculo, al mismo tiempo, unitivo y diferenciador. Esta es la esencia de toda vida familiar. De este modo, la familia trinitaria es la primera familia.

En consecuencia, "el matrimonio y la familia –enseña Juan Pablo II– no son obra del hombre, sino que responden a un proyecto eterno de Dios, que va más allá de las mudables condiciones de los tiempos y permanece inmutable a través de las vicisitudes de la historia"[16] y fueron fundados y dotados de sus leyes propias por el Creador.

3.1. Dios Padre y la familia cristiana

Dios Padre ama a los hombres con un amor semejante al de la madre. Dios es nuestro "Abbá", el padre del hijo pequeño, con el que éste se siente seguro y protegido, al que ama tiernamente y al que experimenta cercano e incondicional. Es verdad que ya en Os. 11,1-9 se habla de que Dios nos ama como un padre ama a sus hijos: "Cuando Israel era niño, le amé... Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos, y ellos, sin darse cuenta de que yo los cuidaba. Con correas de amor los atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien levanta el yugo de la cerviz, me inclinaba y les daba de comer... Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas...". Pero el amor paternal no agota, ni siquiera como imagen, el amor de Dios y por eso en la misma Sagrada Escritura se le compara en alguna ocasión con el amor materno: "¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas?. Pues, aunque ella se

[16] JUAN PABLO II, *Alocución a los obispos de la Romaña*, 2.05.86.

Universidad Pontificia de Salamanca

olvide, yo no te olvidaré" (Is. 49,15). Dios nos ama incomparablemente más y mejor que un padre y una madre juntos.

Jesucristo, por su parte, desarrolla esta imagen y la coloca en el centro de su mensaje. El ser humano es hijo de Dios gracias a la persona y la obra de Cristo por el Espíritu. Somos 'hijos en el Hijo'. Cuando se habla de que somos hijos adoptivos de Dios se quiere decir que lo que el Hijo es por naturaleza, nosotros lo somos por participación. Jesús indica la diferencia: "mi Padre y vuestro Padre" (Jn. 20,17). Pero no es la nuestra una filiación de segunda categoría.

"Remontarse 'al principio' del gesto creador de Dios es una necesidad para la familia, si quiere conocerse y realizarse según la verdad interior no sólo de su ser, sino también de su actuación histórica. Y dado que, según el designio divino, está constituida como "íntima comunidad de vida y de amor", la familia tiene la misión de ser cada vez más lo que es, es decir, comunidad de vida y amor, en una tensión que, al igual que para toda realidad creada y redimida, hallará su cumplimiento en el reino de Dios"[17].

El Padre es todo Paternidad, *es* dándose. El Hijo es todo Filiación, *es acogida* y respuesta dócil al don del Padre. Hay igualdad de gloria en ambos, pues todo lo del Padre se le da al Hijo, pero se trata de una igualdad en la diversidad. Padre e Hijo son mutuas y plenas donaciones, la de la paternidad y la de la filiación. Pues bien, de esta mutua donación brota, por decirlo así, el Espíritu Santo. Es Dios y Don de Dios, es el Amor hecho Persona. Este Amor es unitivo y creativo a la vez. Es un amor nupcial, prototipo y característica de todo amor[18] que tiene su raíz en el misterio trinitario.

[Los esposos] "profesan a Dios como padre, porque a El deben su maternidad o paternidad humana. Y, profesando su fe, se confían a este Dios "de quien toma nombre toda la familia en el cielo y en la tierra" (Ef. 3,15), por la gran tarea que les corresponde personalmente como padres: la labor de educar a los hijos. "Ser padre, ser madre" significa "comprometerse en educar". Y educar quiere decir también "generar", en el sentido espiritual"[19]. El amor de los padres a sus hijos está llamado a ser para ellos el signo visible del mismo amor de Dios "del que proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra"[20].

No debemos, sin embargo, exagerar la semejanza entre la familia cristiana y la Santísima Trinidad: la Trinidad cristiana no es padre-madre-hijo, sino Padre-Hijo y Espíritu. Por un lado, supera el esquema sexual de padre-madre y, por otra parte, entre Padre e Hijo

[17] JUAN PABLO II, *FC*. 17.

[18] Cf. SCOLA, A, *Hombre y mujer. El misterio nupcial*. Encuentro, Madrid 2001.

[19] JUAN PABLO II, Homilía en la eucaristía del Encuentro Mundial de las Familias, 9.10.94: Ecclesia 2.707 (22.10.94) 26.

[20] Cf. JUAN PABLO II, *FC*.14.

Universidad Pontificia de Salamanca

aparece un tercero que es Espíritu y no figura humana. De esta forma se supera el gnosticismo naturalista, con su imagen de familia, y se crea un equilibrio psicológico distinto, abierto hacia el Espíritu como "un tercero entre el Padre y el Hijo".

3.2. El Hijo y la familia cristiana

De algún modo completamos aquí cuanto hemos afirmado acerca de la dimensión cristocéntrica de la espiritualidad conyugal y familiar.

"La familia humana, disgregada por el pecado, queda restituida en su unidad por la fuerza redentora de la muerte y resurrección de Cristo" (FC.15). Esta acción de Cristo con la familia es tan profunda que sólo es comparable con una 'nueva creación':"Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un "corazón nuevo": de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la "dureza del corazón" sino que también y principalmente pueden compartir el amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne. Así como el Señor Jesús es el 'testigo fiel', el 'sí' de las promesas de Dios y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional con que Dios ama a su pueblo, así también los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente de la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia, su esposa, amada por él hasta el fín"[21]. La consecuencia se torna evidente: "Por esto precisamente tenemos que apoyar fuertemente toda nuestra vida, y en especial la vida familiar, en Jesucristo. Porque él, que "es causa de salvación eterna para todos...", nos indica cada día el camino de esta salvación. Con la palabra y con el ejemplo nos enseña cómo debemos vivir. Nos muestra cuál es el profundo y último sentido de la vida humana"[22].

"Como Hijo del hombre santificó la familia de Nazaret, que lo había acogido en la noche de Belén y lo había salvado de la crueldad de Herodes. Esta familia –en la que José, esposo de la purísima Virgen María, hacía para el Hijo las veces del Padre celestial– ha llegado a ser don de Dios mismo a todas las familias: la Sagrada Familia.

Creemos en Jesucristo, que, viviendo oculto durante treinta años en la casa de Nazaret, santificó la vida familiar. Santificó también el trabajo humano, ayudando a José en el esfuerzo por mantener a la Sagrada Familia.

[21] JUAN PABLO II, *FC*. 20.
[22] JUAN PABLO II, *Homilía a los fieles de Torre Spaccata (Roma)*, 1.04.80.

Universidad Pontificia de Salamanca

Creemos en Jesucristo el cual ha confirmado y renovado el sacramento primordial del matrimonio y de la familia... Cristo, testigo del Padre y de su amor, construye la familia humana sobre un matrimonio indisoluble.

Creo –creemos– en Jesucristo, que fue crucificado, condenado a la muerte en cruz por Poncio Pilato. Aceptando libremente la pasión y la muerte de cruz redimió el mundo. Resucitando al tercer día confirmó su potencia divina y anunció la victoria de la vida sobre la muerte.

De este modo Cristo ha entrado en la historia de todas las familias, porque su vocación es servir a la vida...

Creemos en Jesucristo, que en cuanto Redentor, es el Esposo de la Iglesia, como nos enseña san Pablo en la Carta a los Efesios. Sobre este amor esponsal se fundamenta el sacramento del matrimonio y de la familia en la nueva alianza. "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos" (Ef. 5,25-28). En el mismo espíritu san Juan exhorta a todos (y en particular a los esposos y a las familias) al amor recíproco: "Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud" (1 Jn. 4,12).

¡Queridos hermanos y hermanas! Hoy damos gracias a Dios de manera particular por este amor que Cristo nos ha mostrado: el amor que "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rom.5, 5); el amor que os ha sido dado en el sacramento del matrimonio y que desde entonces no ha cesado de alimentar vuestra relación, impulsándoos a la donación recíproca. Con el pasar de los años este amor también ha alcanzado a vuestros hijos, que os deben el don de la vida"[23].

3.3. El Espíritu Santo y la familia cristiana

La espiritualidad familiar no se planteará nunca correctamente mientras no se profundice en la relación del Espíritu Santo con el matrimonio cristiano y con la familia constituida a partir de él. Y hemos de reconocer que todavía queda mucho camino por recorrer hasta descubrir al Espíritu como protagonista de la vida de la familia cristiana. La presencia activa de la Espíritu Santo en el matrimonio y la familia no se reduce –como bien sabemos– al momento concreto en que se celebra el sacramento, sino que se extiende a todo lo largo del itinerario matrimonial y familiar. El lo precede, lo realiza y lo con-

[23] JUAN PABLO II, *Homilía en la eucaristía del Encuentro Mundial de Familia*s, 9.10.94: Ecclesia 2.707 (22.10.94)26-27).

Universidad Pontificia de Salamanca

suma. "Mediante el bautismo -enseña la '*Didascalia de los apóstoles*'- los esposos han recibido el Espíritu Santo, el cual permanece siempre con aquellos que obran la justicia y ciertamente no los abandona con motivo de sus relaciones matrimoniales, sino que permanece siempre con aquellos que lo poseen y los guarda" (XXVI).

La familia cristiana cree en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, quien llama y fortalece a los esposos para amarse recíprocamente y amar a los demás con el amor de Dios que El derrama en los corazones creyentes y para, con amor y desde el amor, transmitir la vida humana. La Iglesia invoca así al Espíritu Santo en la boda de los cristianos: "Infunde sobre ellos la gracia del Espíritu Santo para que, en virtud de tu amor derramado en sus corazones, perseveren fieles en la alianza conyugal"[24]. Lo que acontece el día de su boda han de vivirlo los esposos cristianos todos los días de su itinerario conyugal y familiar: Día a día los esposos cristianos están llamados a abrir sus corazones cada vez más al Espíritu Santo para recibir sus frutos: amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, mansedumbre, dominio de sí.

El matrimonio entre bautizados puede considerarse legítimamente como un acontecimiento de efusión del Espíritu: "El matrimonio según Cristo –afirma rotundamente S. Juan Crisóstomo– es un matrimonio espiritual, una generación espiritual"[25]. Y el prestigioso teólogo ortodoxo Pavel Evdokimov no duda en llamar al sacramento del matrimonio 'pentecostés conyugal'[26]. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda la importancia de las epíclesis (invocaciones al Espíritu Santo) en las plegarias de bendición de los esposos: "Las diversas liturgias son ricas en plegarias de bendición y de epíclesis que piden a Dios su gracia y la bendición sobre la nueva pareja, particularmente sobre la esposa. En la epíclesis de este sacramento los esposos reciben el Espíritu Santo como comunión de amor de Cristo y de la Iglesia. El es el sello de su alianza, la fuente siempre ofrecida de su amor, la fuerza en virtud de la cual se renovará su fidelidad"[27]. El Espíritu inicia y recuerda, actualiza y plasma, interioriza y perfecciona los dones peculiares del sacramento del matrimonio y la vocación de los esposos que brota de él.

"El don del Espíritu santo es mandamiento de vida para los esposos cristianos y al mismo tiempo impulso estimulante, a fin de que cada día progresen hacia una unión cada vez más rica entre ellos, a

[24] *Rituale romanum. Ordo celebrandi matrimonium*, nº 74. "El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó" (JUAN PABLO II, *FC* 13).

[25] S. JUAN CRISOSTOMO, *Comentario a la carta a los Efesios, Hom.* 20,5: PG 62,141.

[26] P. EVDOKIMOV, *El sacerdocio conyugal* en: AA. VV., *El matrimonio*, Mensajero, Bilbao 1969, 136.

[27] CEC 1624.

Universidad Pontificia de Salamanca

todos los niveles –del cuerpo, del carácter, del corazón, de la inteligencia y voluntad, del alma–, revelando así a la Iglesia y al mundo la nueva comunión de amor, donada por la gracia de Cristo" (FC. 19). La comunión y la entrega propia de la vida matrimonial y familiar sólo se puede vivir por la fuerza del Espíritu Santo. El es el movimiento rítmico en amor y por amor del Padre hacia el Hijo y del Hijo hacia el Padre. El Padre sale de sí, despojándose de todo, y va al Hijo para regalarle todo y entregarse por entero; y el Hijo, que ha salido del Padre, vuelve a El en amor para agradecerle todo y para darse del todo. Este despojarse de todo para regalarlo a los demás y este volverse a los demás para agradecerles todo y darse del todo tiene un reflejo valioso en la familia verdaderamente cristiana.

El Espíritu Santo ocupa un lugar clave en el nacimiento y el desarrollo de la vida conyugal y familiar. De un modo análogo a la labor que realiza en el seno de la Trinidad, el Espíritu construye la vida conyugal y familiar actuando como:

a) *Extasis (don)*. Extasis significa etimológicamente 'salir fuera, hacerse don'. Como amor personal del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo es absoluto don[28]. Se puede decir que en el Espíritu Santo la vida íntima del Dios uno y trino se hace toda don, intercambio recíproco de amor entre las divinas personas y que por el Espíritu Santo, Dios existe 'a modo de don'. Es el Espíritu la expresión personal de una tal donación, de este ser amor. Es esta persona-amor, persona-don[29], la que impulsa a los esposos a darse y entregarse el al otro y ambos a los hijos sin reservas y a lo largo de toda la vida familiar.

b) *Kénosis (acogida)*. Hay una ley constitutiva de la Trinidad: realizarse abajándose. Así se explica la kénosis de Jesús, que se vació hasta llegar a la muerte y muerte de cruz (Fil 2,6-11). El Espíritu Santo es kénosis, una existencia personal que se hace acogida, que se realiza abajándose. Exactamente lo opuesto al narcisismo, presunción, amor propio, orgullo... que tanto afecta a la condición humana. El Espíritu Santo guía a los esposos a la acogida recíproca, a perderse a sí mismos para reencontrarse en el otro y en Dios (Mc 8,35; Jn 12,24-25). "El Espíritu, que el Señor derrama, da el corazón nuevo y hace capaces al hombre y a la mujer de amarse como Cristo los ha amado" (FC 13)

c) *Síntesis (comunión en la diferencia)*. En relación con las otras personas divinas, el Espíritu Santo es síntesis, no en el sentido hegeliano, sino en el sentido de comunión de personas que respeta y valora la diferencia como fuente de enriquecimiento. "La familia

[28] El es en la Trinidad 'el gozo en el don' (S. AGUSTIN, *De Trin.* 6,10,11), "la alegría eterna en la que los Tres se complacen juntos" (GREGORIO PALAMAS, *Capita Physica*: PG 150,1146).

[29] JUAN PABLO II, *DV* 10.

Universidad Pontificia de Salamanca

es una comunidad de personas, para las cuales el propio modo de existir y vivir juntos es la comunión: *communio personarum*. También aquí, salvando la absoluta transcendencia del Creador respecto de la criatura, emerge la referencia ejemplar al 'Nosotros' divino. Sólo las personas son capaces de existir 'en comunión' (n.7). El Espíritu Santo en los esposos evita que en la comunión conyugal traten de eliminar las diferencias o de contraponerlas, rompiendo la comunión. No se trata de anular la personalidad de cada uno (sus diferencias sexuales, caracteriales, culturales...) sino de hacer de ellas una vivencia positiva de mutuo enriquecimiento.

El P. Henri Caffarel, verdadero pionero de la espiritualidad conyugal, aplica al hogar cristiano la triple función del Espíritu Santo: principio de vida, principio de unidad y principio de crecimiento.

a. Principio de vida: el Espíritu Santo, introduciéndolos en la vida filial de Cristo, renueva en el corazón de los esposos la fuente de la caridad, "esta caridad se introduce en el corazón de los miembros del hogar y transforma, diviniza todos los amores familiares: el amor conyugal, el amor de los padres, el amor filial, el amor fraterno"[30].

b. Principio de unidad: el Espíritu Santo construye invisiblemente la unidad visible de la familia. "Un matrimonio unido –llegó a afirmar el P. Caffarel– es una obra maestra del Espíritu Santo"[31].

c. Principio de crecimiento: El don del Espíritu Santo que Cristo entrega a la Iglesia, su Esposa, la hace fecunda. Igualmente, "en el hogar, el Espíritu de amor será principio de crecimiento, y por tanto de crecimiento de la Iglesia en el hogar: porque el hogar es el lugar donde crece la Iglesia"[32]. En la lógica de esta acción fecunda, no sólo los esposos expresan simbólicamente el significado eucarístico del misterio de amor que los une, sino también ellos mismos llegan a ser, en cierto modo, una realidad eucarística. "Si Cristo renueva este acto (= su ofrenda en el Calvario) en la misma, si os convence para participar en ella, es porque quiere que su sacrificio penetre hasta las profundidades carnales y espirituales de vuestro hogar, para crear también en vosotros un estado de alma permanente de ofrenda al Padre. Más aún: es para que le permitáis revivir en vuestro hogar su sacrificio. Así, como veis, el sacrifico de Cristo no tiene que ser un acto transitorio sino una disposición habitual, una vida"[33].

Vivir el misterio trinitario en el seno del hogar cristiano es vivir en amor comunicado y entregado, es vivir la comunión. Es vivir sin reservarse nada, sin encerrarse en nada, sin aislarse de nadie. No

[30] Caffarel H., *Le mariage, ce grand sacrament, en Cahiers de l'Anneau d'Or* 111 – 112 (mayo – agosto 1963) 220.

[31] Caffarel H., *Le mariage, ce grand sacrament,* 220.

[32] Caffarel H., *Le mariage, ce grand sacrament,* 221.

[33] Caffarel H., *Le mariage, ce grand sacrament,* 261

Universidad Pontificia de Salamanca

vivir para sí, sino ponerlo todo en común, estar abiertos a todos y a todo. Es vivir eternamente para los demás. El mundo necesita semillas de vida trinitaria, que es 'vida compartida' libre y gratuitamente. Si vivimos los cristianos en esta clave trinitaria habrá más familia y menos prejuicios. Más colaboración y menos rivalidad. Más amistad y menos indiferencia. Más perdón y menos condena. Más igualdad y menos diferencias. Más ternura y menos dureza. Confesar la Trinidad no es sólo reconocerla como verdad teológica, sino, sobre todo, aceptarla como modelo último de nuestra vida. Se puede vivir en comunión con ella y traducir esa comunión a nuestros comportamientos cotidianos. Cuando afirmamos y respetamos las diferencias y el pluralismo en la familia, confesamos prácticamente la distinción trinitaria de personas. Cuando eliminamos las distancias y trabajamos por la igualdad real entre todos los que formamos una misma familia, afirmamos con nuestras obras la igualdad de las personas de la Trinidad. Cuando nos esforzamos por tener 'un solo corazón y una sola alma' y sabemos ponerlo todo en común, para que nadie sufra necesidad, estamos confesando al único Dios y acogiendo en nosotros su vida trinitaria[34].

4. Dimensión eclesial

La espiritualidad familiar, si no se la coarta, inserta cada vez más profundamente en la comunidad eclesial, en su origen, en su configuración y en su meta. No podía ser de otro modo si somos conscientes de que el matrimonio es sacramento de la Iglesia y la familia es "iglesia doméstica".

En la "*Familiaris consortio*" habla Juan Pablo II de "los múltiples y profundos vínculos que unen entre sí a la Iglesia y a la familia cristiana y que hacen de ésta última como una "Iglesia en miniatura", de modo que sea, a su manera, una imagen viva y una representación histórica del misterio mismo de la Iglesia" (n. 49).

La familia cristiana no es, pues, solamente la célula germinal del organismo eclesial porque contribuye a darle nuevos miembros, sino que se asemeja a la Iglesia y, de alguna manera, es Iglesia porque los diversos elementos eclesiales se encuentran en ella:

- Una Iglesia que se redescubre como comunión, descubre también como comunión a la familia, "pequeña iglesia", y la define como íntima comunión de amor y de vida.

[34] Cf. OBISPOS DEL PAÍS VASCO Y NAVARRA, *Creer hoy en el Dios de Jesucristo*. Carta Pastoral de Cuaresma 1987, 47.49.

Universidad Pontificia de Salamanca

– Una Iglesia que se considera a sí misma sacramento de Cristo, es decir, el lugar donde Cristo se hace presente, se revela y actúa en el mundo, descubre que en la familia se hace presente de una manera muy especial Cristo: "Así es como la familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio -que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia-, manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor de los esposos, la generosa fecundidad, la unidad y fidelidad, ya por la cooperación amorosa de los miembros" (GS. 48). Los esposos, que participan como todos los bautizados del sacerdocio de Cristo (LG. 10), en virtud del sacramento del matrimonio, pueden hacer de toda su vida matrimonial una ofrenda agradable a los ojos de Dios (LG. 11).

– Una Iglesia que se reconoce en el Concilio Vaticano II como comunidad de carismas afirma que "los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento, poseen su propio don dentro del pueblo de Dios" (LG. 11). El matrimonio es una forma peculiar de ser llamado por Dios: una vocación. El canon 204 de forma implícita y el 226 de forma explícita establecen que la vocación familiar (formar y vivir la familia) no es una vocación residual, sino específica dentro de la Iglesia: "1. Quienes, *según su propia vocación*, viven el estado matrimonial, tienen el *peculiar* deber de trabajar en la edificación del pueblo de Dios a través del matrimonio y la familia". La recuperación de la familia como cualificada vocación por parte de Dios no debe repercutir en el ocultamiento o difuminación de otras vocaciones y carismas como son el sacerdocio y la vida consagrada. Más bien, el carisma matrimonial está llamado a enriquecer a la Iglesia, que es misterio de unidad en la pluriformidad.

– Una Iglesia que se siente convocada para ser enviada a proclamar la proximidad del Reino entiende que la familia, "pequeña iglesia", ha sido convocada igualmente para servir al Reino tanto en su interior como hacia fuera, en el ambiente en que se desenvuelve.

Al relacionarse la Iglesia y la familia cristiana, ambas salen beneficiadas. La gran Iglesia recuerda que no puede convertirse jamás en una sociedad anónima o una empresa, sino que ha de ser la familia de los hijos de Dios, donde las vinculaciones afectivas tienen el relieve debido. Y la pequeña Iglesia que es la familia cristiana recuerda que no puede concebirse ni actuar como una estructura cerrada que se autoabastece, ajena a la misión eclesial. Como la Iglesia grande, sólo que a escala reducida, la familia cristiana es comunidad evangelizada y evangelizadora, comunidad sacerdotal y comunidad misionera.

Universidad Pontificia de Salamanca

4.1. La familia, 'iglesia doméstica'

Desde el Concilio Vaticano II, que a su vez se remonta a S. Juan Crisóstomo y S. Agustín[35], se acude con mucha frecuencia a la concepción de la familia como 'iglesia doméstica' para asentar la identidad teológica y la misión de la familia cristiana en la Iglesia y en el mundo. Y más concretamente su función de transmisora y educadora de la fe. "De este consorcio [conyugal] procede la familia, en la que nacen nuevos ciudadanos de la sociedad humana, quienes, por la gracia del Espíritu Santo quedan constituidos en el bautismo como hijos de Dios, que perpetúan a través del tiempo el Pueblo de Dios. En esta especie de Iglesia doméstica, los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación de cada uno, pero con cuidado especial la vocación sagrada" (LG 11).

Pablo VI dijo en una ocasión comentando ese número 11 de la LG.: "En nuestros tiempos, tan duros para muchos, realmente es una gracia ser acogido en esta "pequeña iglesia" que es la familia, descubrir su maternidad, experimentar su misericordia, pues es evidente realidad que un hogar cristiano es el rostro sonriente y dulce de la Iglesia". ¡Qué bonito resultaría que de verdad todo hogar cristiano fuera el rostro sonriente y dulce de la Iglesia!

La Iglesia doméstica se caracteriza, como la Iglesia particular y la Iglesia universal por ser comunión para la misión y misión para la comunión.

4.2. La espiritualidad familiar, una espiritualidad de comunión

La familia cristiana, sigue diciendo Juan Pablo II, tiene un cometido propio y original en cuanto a su contenido y a su modalidad: servir a la Iglesia y a la sociedad siendo lo que está llamada a ser, comunidad de vida y amor. O lo que es lo mismo el contenido de la misión de la familia es edificar el Reino mediante esas mismas relaciones que la constituyen. No otras cosas raras e inasequibles. Y también es original la manera de prestar ese cometido: la modalidad comunitaria ("en cuanto pareja", "en cuanto familia"). Hasta ahora no creo que

[35] "Cuando ayer os dije: Que cada uno de vosotros convierta su casa en una iglesia, aclamasteis a grandes voces y disteis signos del placer con que aquellas palabras os inundaron" (S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Gen. Hom.* 2,3: PG 53,31; Cf. *In Gen. Serm.* 6,2; 7,1: PG 54, 607-608). Cf. S. AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de San Juan* 51,13: PL 36,1768; *Serm. 94*: PL 38,580-581.

Universidad Pontificia de Salamanca

se haya puesto de relieve convenientemente todo esto. Pero está ya en FC. 50.

La vida trinitaria se caracteriza de forma muy especial por el amor y revela algo inaudito: el fondo del ser es comunión. "El misterio de la Trinidad –ha escrito H. de Lubac– ha abierto ante nosotros una perspectiva completamente nueva: el fondo del ser es comunión. Si podemos superar todas las crisis que nos inducen a desesperar de la aventura humana es porque, gracias a la revelación de este misterio, sabemos que somos amados. ¡Amados por el Dios tres veces santo! Y al mismo tiempo aprendemos lo que los hombres más clarividentes se sienten inclinados a poner en duda: aprendemos que también nosotros podemos amar: llegamos a ser capaces de ello por la comunicación de la vida divina, de esa vida que es amor"[36].

"Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo", propuso Juan Pablo II en la *Novo Milenio ineunte*. Y añade: "Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2)". La familia cristiana constituye desde luego un ámbito privilegiado para vivir la espiritualidad de comunión: mirar al otro con los ojos de Dios, considerar al otro como alguien que me pertenece, compartir alegrías y sufrimientos, ver ante todo lo positivo del otro, dar oportunidades al otro llevando mutuamente la carga de los otros.

Ahora bien, los padres cristianos sólo pueden vivir la espiritualidad de comunión en el hogar si primero la viven ellos como esposos. Pero como comentaba el Papa actual con los sacerdotes y diáconos de Roma: "Los padres, como se ha dicho, en gran parte se desentienden de la formación de la familia. Y además, también las madres se ven obligadas a trabajar fuera de casa. La comunión entre ellos es muy frágil. Cada uno vive su mundo: son islas del pensamiento, del

[36] H. DE LUBAC, *La fe cristiana,* Madrid 1970, 13-14.

Universidad Pontificia de Salamanca

sentimiento, que no se unen. El gran problema de este tiempo –en el que cada uno, al querer tener la vida para sí mismo, la pierde porque se aísla y aísla al otro de sí- consiste precisamente en recuperar la profunda comunión que, en definitiva, sólo puede venir de un fondo común a todas las almas, de la presencia divina que nos une a todos. Es necesario superar la soledad y también la incomprensión, porque también esta última depende del hecho de que el pensamiento hoy es fragmentado. Cada quien tiene su modo de pensar, de vivir y no hay una comunicación en una visión profunda de la vida".

Nada más opuesto a una familia cristiana auténtica que una familia que se encierra en sí misma y se considera el valor supremo. Por eso Jesús habla de ruptura de los lazos familiares si es necesaria para entrar a formar parte de la gran familia de los hijos de Dios, que no se funda en los lazos de la sangre, sino en la fe. Esto no quiere decir que Jesús rechace la experiencia de la vida familiar como algo indigno, sino al contrario utiliza la fuerza de la vida familiar para hablarnos del Reino de Dios: Dios es Padre y todos somos hermanos y hermanas. El Espíritu nos enseña a ser hijos en el Hijo... En una palabra: la experiencia familiar está llamada a servir como experiencia fundamental para vivir la nueva familia, más grande, de la fraternidad eclesial.

4.3. La transmisión de la fe en el ámbito familiar, ejercicio de su misión eclesial

Son múltiples los cometidos de la familia como 'iglesia doméstica', nos fijamos en éste porque en la actualidad lo consideramos especialmente urgente. "La familia cristiana –asegura el Papa Benedicto XVI– tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es transmitir la fe, que implica la entrega a Jesucristo, muerto y resucitado, y la inserción en la comunidad eclesial. Los padres son los primeros evangelizadores de los hijos, don precioso del Creador (Cf. GS 50), comenzando por la enseñanza de las primeras oraciones. Así se va construyendo un universo moral enraizado en la voluntad de Dios, en el cual el hijo crece en los valores humanos y cristianos que dan pleno sentido a la vida"[37].

Los padres deben asumir el papel que les corresponde en la transmisión de la fe y en la educación cristiana de sus hijos. Sin hacer dejación de sus responsabilidades traspasándolas al colegio o a la parroquia. Son los padres quienes han de apoyar a sus hijos durante todo el proceso de iniciación cristiana a través de la catequesis parro-

[37] BENEDICTO XVI, *Carta al Presidente del Pontificio Consejo para la familia con motivo del EMF de Valencia,* Roma 2006.

Universidad Pontificia de Salamanca

quial. Los hogares cristianos, como auténtica Iglesia doméstica, han de enseñar a amar a Dios, a rezarle, a ofrecerle el don de la propia vida, a conocer y amar su mensaje y sus mandatos, a abrir el corazón a los pobres y a los necesitados no sólo de bienes materiales, sino de esa luz que viene del conocimiento y amor de Dios. No hay peor pobreza que carecer del sentido de la vida y de la esperanza de alcanzar un día la vida eterna.

Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que "la fe no es –como ha afirmado el Papa actual- una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la buena nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad"[38].

En un pasado no lejano la familia iniciaba pacíficamente en el conocimiento y amor a Dios, enseñaba las primeras oraciones, ayudaba a distinguir el bien y el mal moral desde pequeños, era el ámbito adecuado para alimentar la fe cristiana... Ahora, "muchos de los cauces habituales por los que nosotros hemos recibido el conocimiento de Jesucristo y el amor a Él han dejado de ser eficaces. En cambio, no son pocos los altavoces y los mensajes de contenido anticristiano e incluso blasfemo que martillean las mentes y los corazones de nuestros niños y de nuestros jóvenes. Nos duele enormemente. Pero el dolor debe de dar paso a la propuesta neta, clara y completa del Evangelio. Confiamos absolutamente en su virtud y en su fuerza. No nos avergonzamos del Evangelio. Menos que nunca a estas alturas de la historia, cuando los mesianismos terrenos y los profetas de un mundo sin Dios han mostrado ya lo que pueden en realidad ofrecernos: falsas promesas de vida y reales salarios de muerte"[39].

Transmitir la fe es facilitar el encuentro con Cristo y transmitir un Credo, una moral y una plegaria. Por tanto, la educación de la fe no es una tarea solamente para cuando los hijos son pequeños, ni tampoco es una labor más al lado de las muchas tareas de los padres cristianos. Comunicar la fe es algo que pertenece al núcleo de lo que vive una familia cristiana. Educar la fe no es una disciplina especial para algunos que se sienten especialmente capacitados para impartirla. Ni es tan difícil y sublime que solamente la pueden llevar a cabo extraterrestres o ángeles del cielo. Las familias cristianas son gente corriente que tiene que bregar cada día, con experiencia de sus límites e incluso de sus pecados y rebeldías. Pero experimentan cómo

[38] BENEDICTO XVI, *Homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias,* Valencia 9.07.06.

[39] Cardenal A. M. ROUCO VARELA, *Retos y tareas.* Conferencia pronunciada en el Club siglo XXI de Madrid.

Universidad Pontificia de Salamanca

la fuerza de Dios se manifiesta en su debilidad. Comunicar la fe es mostrar que existe la posibilidad real de vivir humanamente todos los aspectos que conforman la trama de la vida humana: la alegría de una vida que comienza, la ilusión por encontrar trabajo, la enfermedad que se presentó de repente, el fracaso inesperado, el progresivo envejecimiento… Todo puede ser vivido hasta el fondo, con plenitud. La vida no sólo nos va desgastando, sino que puede ser ocasión de crecimiento interior. Hay que hacer ver que esto es posible, y luego, cómo y dónde es posible. Comunicar el Evangelio consiste fundamentalmente en transmitir la propia experiencia de fe. Como los discípulos de Emaús que 'contaron lo que les había sucedido por el camino' (Lc 24,35).

Transmitir la fe es también ayudar a vivir el amor cristiano: "El programa del cristiano –el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús– es un "corazón que ve". Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. (...) Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristianismo sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4,8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar"[40].

A la hora de transmitir la fe en los hogares se ha de tener muy presente que "el cristianismo, el catolicismo no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción positiva. Y es muy importante que esto se vea nuevamente ya que hoy esta conciencia ha desaparecido casi completamente. Se ha hablado mucho de lo que no está permitido, y ahora hay que decir: Pero nosotros tenemos una idea positiva que proponer: el hombre y la mujer están hechos el uno para el otro; existe una escala por decirlo de algún modo: la sexualidad, eros, ágape, que son las dimensiones del amor; así se forma en primer lugar el matrimonio como encuentro, lleno de felicidad, entre un hombre y una mujer y después la familia, que garantiza la continuidad entre las generaciones; en ella se reconcilian las generaciones entre sí y también las culturas se pueden encontrar. Por tanto, sobre todo es importante poner de relieve lo que queremos"[41].

Hoy es necesario subrayar que "la educación cristiana de los hijos no es únicamente una obligación. Para los padres creyentes es también, y de manera muy significativa, un gran gozo y una de las mayores y más entrañables gratificaciones que reciben como padres. Nadie puede discutir que la experiencia admirable y misteriosa de

[40] BENEDICTO XVI, *DCE,* nº 31

[41] BENEDICTO XVI, De la entrevista concedida a varias televisiones, sobre el viaje a Alemania. Castelgandolfo, 5.08.06.

Universidad Pontificia de Salamanca

engendrar una nueva vida, prolongando así la de los progenitores, es la mayor alegría y la más grande satisfacción para cualquier pareja humana normal. El gozo es aún mayor cuando los padres pueden constatar cómo los hijos van desarrollando todos los complejos aspectos de su condición humana y que esto les hace felices. Los padres que creen que, en Cristo, el hombre y la mujer alcanzan su plenitud verdadera, viven como el mayor don, como una oportunidad excepcional de hacer lo mejor por los hijos, su condición de transmisores y educadores de la fe. Ello les permite poner, en lo más profundo de la existencia del hijo, los más sólidos fundamentos de la plenitud humana y de la felicidad, sea lo que sea lo que le depare la vida que acaba de estrenar. Al mismo tiempo, disfrutan del gozo inmenso de amarlo con el mismo amor de Dios y compartir con él la ternura, la fortaleza y la paz del amor de Dios que ellos mismos experimentan. La misión de transmisores y educadores en la fe se convierte, entonces, en el ejercicio más alegre, amoroso y apasionante de su condición de padres"[42].

Por todo esto también se entiende como uno de los mayores sufrimientos para los padres cristianos es contemplar cómo de mayores se alejan de la fe cristiana:"Sólo quien tiene hijos –reconoce una madre de familia- puede entender cuánto duele verles alejados de Dios. Después de haber puesto sumo cuidado en presentarles a Dios, en enseñarles que les ha soñado felices, en hacerle compañero de su vida, en su catequesis, en sus celebraciones, llega un día en que tus hijos, esos bandidos que parece que al principio aceptan tus valores, comparten tu oración y sienten, como tú, que Dios Padre los tiene abrazados por detrás y por delante, de pronto se cuestionan a ese Dios, les parece una teoría anticuada, una relación infantil o algo caduco y trasnochado. Da igual que lo digan o no, da igual que expresen lo que sienten o pongan cara de indiferencia escéptica... El caso es que, más tarde o más temprano, los hijos se borran de la fe de sus padres para encontrar la suya. [...] Aunque duela, aunque a los padres nos sangre el alma ver que nuestro hijo vive una temporada de ‚orfandad espiritual', hay que respetarle su decisión de abandonar nuestra fe para encontrar la suya, ya que su vida no nos pertenece"[43]

Es muy importante el modo concreto como la familia educa en la fe. Es una ayuda prestada en la cercanía de un amor personalizado, en la concreción de lo cotidiano y en la naturalidad de lo diario, lo sencillo y lo normal; la fe se trasmite como por ósmosis. Los padres son quienes mejor pueden hacer resonar la voz de Dios ante sus

[42] Obispos de las Islas Baleares y Pitiusas, Carta Pastoral *La familia transmisora y educadora de la fe. Pautas de educación cristiana para las familias ante el nuevo milenio,* Mayo 2000, 65-66.

[43] M. P. AYERRA, *La familia, lugar de transmisión de la fe*: Sal Terrae 91 (2003) 401-411 aquí 406-407.

Universidad Pontificia de Salamanca

hijos. Pero a condición de que ellos mismos traten de vivir la fe que pretenden transmitir. "La familia –recuerda Benedicto XVI– tiene un modo específico de evangelizar, hecho no de grandes discursos o lecciones teóricas, sino a través del amor cotidiano, la sencillez, la concreción y el testimonio diario. Con esta pedagogía transmite los valores más importantes del Evangelio. A través de este método, la fe penetra como por ósmosis, de un modo imperceptible, pero tan real, que también convierte a la familia en el primer y mejor seminario vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al celibato en medio del mundo".

Finalmente, creo que es justo reconocer la labor que los abuelos vienen haciendo a la hora de trasmitir la fe a sus nietos: "Deseo referirme ahora –decía Benedicto XVI en Valencia– a los abuelos, tan importantes en las familias. Ellos pueden ser –y son tantas veces– los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de las familias. Ojalá por ningún concepto sean excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarles a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte"[44].

5. Dimensión laical

Los esposos cristianos, laicos como son, quedan como consagrados por el sacramento del matrimonio para su misión como Iglesia en el mundo. La espiritualidad familiar se configura como un tomar conciencia y llevar a la práctica, en toda la vida de la familia, esa misión. No han sido llamados a abandonar el mundo, sino a buscar a Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios, señala el Vaticano II (LG 31). "La familia cristiana –comenta E. Albuquerque– tiene que asumir la 'mundanidad' como elemento constitutivo de su espiritualidad. El mundo, lugar de la presencia de Dios, es para el laico el lugar de su encuentro y de su experiencia de Dios. Los esposos no se casan para separarse del mundo sino para, viviendo en el mundo, enriquecerlo y ordenarlo según el plan de Dios: casa, trabajo, ocio, quehacer educativo, compromiso social, relaciones, integran de forma irrenunciable la espiritualidad conyugal-familiar" [45]. "Ni la atención a la familia, ni los otros deberes seculares deben ser algo ajeno a la orientación espiritual de la vida", señala el mismo Concilio (AA 4).

[44] BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro festivo y testimonial dentro de V Encuentro Mundial de las Familias*, Valencia 8.07.06.

[45] E. ALBUQUERQUE, *Familia: vocación y misión*, 83.

Universidad Pontificia de Salamanca

La *Familiaris consortio* caracteriza la vocación de la familia cristiana -además de formar una comunión-comunidad de personas- en otras tres direcciones fundamentales: el servicio a la vida (nn. 38-41), la participación en el desarrollo de la sociedad (nn 42-48) y la participación en la vida y misión de la Iglesia (nn. 49-64). Las actividades cotidianas de la familia vendrán a ser "como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo"[46]. La vida espiritual de la familia no debe ser intimista y cerrada, sino abierta a todos los deberes para con los demás en la sociedad. Las palabras de Juan Pablo II son claras: "Resulta especialmente oportuno un apostolado entre las familias, de hogar a hogar, entre los esposos y padres cristianos (...). Cuando éstos dan testimonio de concordia, de unidad y fidelidad... de su amor inquebrantable en medio de pruebas y contrariedades, cuando muestran comprensión y apertura hacia los demás, permaneciendo ellos mismos humildes y vigilantes, son como antorchas encendidas que, en momentos de oscuridad y desconcierto, iluminan y fortalecen a otros esposos y a otros hogares tentados de abatimiento y de abandono, por el egoísmo, la infidelidad e incluso el divorcio y hasta el aborto (...) [Construyen así la sociedad, hacia dentro de la misma familia y hacia fuera, en la sociedad:] Hacia dentro cuando permanecen fieles a la alianza conyugal, no obstante la tentación de infidelidad y abandono, cuando, no existiendo quizá razones humanas para amar, se sigue amando con la fuerza de Cristo (...) [Construyen la sociedad, además] cuando esta comunión íntima de cuerpos y espíritu fructifica de modo responsable en hijos a quienes se transmite una auténtica formación humana y cristiana (...) Entonces la sociedad misma se enriquece con todas estas virtudes de las familias cristianas, en la medida que potencian y defienden la honradez y la fidelidad, el perdón y la reconciliación, el don de sí y el espíritu de sacrificio, la convivencia y la paz, el respeto y el espíritu de concordia"[47].

> *La espiritualidad familiar debe contribuir a potenciar la solidaridad, acogiendo la interpelación del actual sistema socio-económico que crea cada día más 'excluidos', que no tienen nada que hacer en la sociedad frente a los que disfrutan de todo tipo de oportunidades en ella. Juan Pablo II ha presentado a la familia cristiana como "la primera escuela de amor y solidaridad"[48]. La espiritualidad cristiana familiar tiene que conducir a gestos creativos de solidaridad con las familias marginadas y a intentar corregir el sistema o crear alternativas al mismo. "El amor – caritas – siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. La Iglesia es una de estas*

[46] JUAN PABLO II, *Christifideles Laici*, 17

[47] JUAN PABLO II, Discurso a la V Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Familia, 28. o5. 87,

[48] Cf JUAN PABLO II, *Homilía en la fiesta de san José en Civitavecchia, 19.0 3. 87.*

Universidad Pontificia de Salamanca

fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el perjuicio de que el hombre vive "sólo de pan" (Mt 4,4; cf. Dt 8,3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente los que es más específicamente humano"[49].

6. La caridad conyugal

La experiencia del amor es el centro y el motor de la vida familiar, la marca profundamente en su nacimiento y evolución. Sin el amor el matrimonio y la familia son algo vacío de contenido. La espiritualidad familiar depende de la veracidad de esta relación y pasa necesariamente por la interpretación del sentido del amor humano que allí se experimenta. Pero "el amor humano necesita ser purificado, madurar y también ir más allá de sí mismo y poder llegar a ser plenamente humano para ser principio de una alegría verdadera y duradera"[50]. Pues bien, "el Señor se ha dignado sanar este amor, perfeccionarlo y elevarlo con el don especial de la gracia y la caridad" (GS, 49).

6.1. El amor conyugal se convierte en caridad conyugal

"Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un 'corazón nuevo': de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la 'dureza del corazón' sino que también y principalmente pueden compartir el amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne. Así como el Señor Jesús es el 'testigo fiel', el 'sí' de las promesas de Dios y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional con que Dios ama a su pueblo, así también los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente de la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia, su esposa, amada por él hasta el fin"[51].

El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la *caridad conyugal*, que es el modo propio y especí-

[49] BENEDICTO XVI, *DCE,* nº 28.

[50] BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos en Roma*, 5. 06. 06.

[51] JUAN PABLO II, *FC*. 20.

Universidad Pontificia de Salamanca

fico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona en la Cruz... En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia. Los esposos son, por tanto, el recuerdo permanente, para la Iglesia, de lo que acaeció en la Cruz"[52].

Tertuliano ha expresado muy bien la grandeza y belleza de esta vida conyugal en Cristo: "¿Cómo lograré exponer la felicidad de ese matrimonio que la Iglesia favorece, que la ofrenda eucarística, que la bendición sella, que los ángeles anuncian y que el Padre ratifica?... ¡Qué yugo el de los dos fieles unidos en una sola esperanza, en un solo propósito, en una sola observancia, en una sola servidumbre! Ambos son hermanos y los dos sirven juntos; no hay división ni en la carne ni en el espíritu. Al contrario, son verdaderamente dos en una sola carne y donde la carne es única, único es el espíritu"[53]

Esta caridad conyugal, regalo del Espíritu Santo, ha de crecer cada día impulsando a una comunión de amor a todos los niveles (del cuerpo, del carácter, del corazón, de la inteligencia y voluntad, del alma).

"El amor que desea estar en el corazón del matrimonio se pone en estado de gracia el día de la boda. Mientras que el contrato sacramental encuentra inmediatamente toda su realidad, el amor solamente empieza a ofrecerse con el trabajo lento y con los enriquecimientos de la caridad. Tiene que aprender cómo amar con el mismo amor con que Dios ama. Si ese amor es fiel, Dios lo utilizará en lo que realiza en el corazón de los esposos, despojándolos de su egoísmo, purificándolos, enseñándoles, a veces duramente, dolorosamente, como en una escuela práctica de santidad, una presencia al otro que sirva a la presencia de Dios. Y Dios lo utilizará también en lo que subsiste de irrealizable en todo amor humano. El apetito de felicidad se abre a la eternidad. Un amor en estado de gracia, un amor agraciado introduce en el mundo de la vida divina. Lo sabemos porque lo hemos visto: la caridad puede realizar ese prodigio de vincular cada vez más a dos esposos en su amor y de despertar en ellos cada vez más el hambre y la sed del Dios amor. Colmados y hambrientos: el lejano ideal de hoy puede llegar a ser la realidad de mañana. Es la obra de la caridad. Allí está Dios sosteniéndolos y alimentándolos; Dios está aquí, personalmente, llevándolos a Dios"[54].

La caridad constituye el corazón "de aquella alianza nueva y eterna que Jesucristo ha sellado con su propia sangre y, por deri-

[52] JUAN PABLO II , *FC* 13.

[53] TERTULIANO, *Ad uxorem,* II, VIII. Citado en JUAN PABLO II, *FC*, 13.

[54] A. M. CARRE, *Compañeros de eternidad*, 116-117.

Universidad Pontificia de Salamanca

vación y participación, de aquella alianza que es el pacto conyugal elevado a sacramento de Cristo y de la Iglesia. Por tanto, la espiritualidad matrimonial consiste en "vivir una caridad verdaderamente plena y universal: la caridad hacia Dios en primer lugar, del que han de desear la gloria y la dilatación de su reino; la caridad hacia los hijos en segundo lugar, a la luz del principio paulino de que 'la caridad... no busca el propio interés'; la caridad mutua, finalmente, por la que cada uno procura el bien del otro y se adelanta a sus buenos deseos, sin imponer arbitrariamente su propia voluntad. Esto dice cómo la espiritualidad matrimonial requiere un coherente compromiso moral y un largo camino hacia la santificación, que se nutre de las alegrías y de los sacrificios de cada día"[55].

En la perspectiva de la alianza, la caridad conyugal manifiesta inmediatamente su doble e inseparable dimensión[56]:

a. La caridad conyugal como caridad litúrgica

El contenido litúrgico de la espiritualidad conyugal y familiar se funda en el sacerdocio de los esposos y de la familia constituida sobre todo por esto "Iglesia doméstica": "También la familia cristiana ha sido inserta en la Iglesia pueblo sacerdotal… de tal modo la familia cristiana está llamada a santificarse y a santificar la comunidad eclesial y el mundo"[57].

La teología, e incluso algunos textos magisteriales, hablan del matrimonio cristiano como de un *sacramento de consagración*, no en el sentido de efectuar una nueva consagración como aquella unida al carácter sacramental, sino en el sentido de retomar y de especificar la consagración efectuada por el bautismo y la confirmación: de especificarla en el sentido ya dicho de una modalidad nueva (como 'unidad de dos') y de un contenido nuevo (el amor conyugal).

No se debe olvidar que, precisamente en cuanto sacramento el matrimonio es un acto litúrgico: "El matrimonio cristiano, como todos los sacramentos… es en sí mismo un acto litúrgico de glorificación a Dios en Jesucristo y en la Iglesia. Celebrándolo, los cónyuges cristianos profesan su gratitud a Dios por el bien sublime que se les da de poder revivir en su existencia conyugal y familiar el amor mismo de Dios por los hombres y del Señor Jesús por la Iglesia, su esposa"[58].

[55] JUAN PABLO II, Alocución a los obispos de la Romaña, 2.5.86.

[56] Sigo en este apartado a D. TETTAMANZI, *La famiglia, via della Chiesa*, Milano 1991, 2ª ed., 233-241.

[57] Cf JUAN PABLO II, *FC* 55.

[58] JUAN PABLO II, *FC*, 56

Universidad Pontificia de Salamanca

b. La caridad conyugal como caridad salvífica

Precisamente porque es litúrgica, la caridad conyugal es salvífica, o sea, fuente de salvación para los esposos, los hijos, la Iglesia y el mundo. La salvación consiste inseparablemente en el perdón del pecado y la comunicación de la vida nueva en Cristo. El don del Espíritu es fuente al mismo tiempo de purificación y de santificación.

6.1. Caridad conyugal, conversión y santificación

El autor de la Carta a los Efesios recuerda estos dos aspectos como fruto de la presencia activa del Espíritu. El Vaticano II dice: en virtud del misterio de la muerte y resurrección de Cristo, dentro del cual se inserta el matrimonio cristiano, el amor conyugal viene purificado y santificado: "El Señor se ha dignado sanar y elevar este amor con un especial don de gracia y de caridad" (GS nº 49).

Se abre aquí un doble ámbito que caracteriza la vida espiritual de los esposos y de la familia cristiana: el ámbito de la conversión y el ámbito de la santificación

- La 'conversión'. Hace muchos años, en los bosques de Normandía (Francia), se encontró un viejo pergamino –abandonado tal vez allá por antiguos habitantes de la zona– que decía: "Decidimos que había una forma de cambiar el mundo entero: cambiarnos a nosotros mismos. Decidimos que el principio cardinal de toda reforma es la transformación del alma del individuo. Decidimos que Dios nos había puesto en este pequeño lugar con el único propósito de embellecerlo para El".

  La conversión es un hecho fundamental y no se puede eliminar de la vida según el Espíritu: la primera conversión, aquella bautismal que en la remisión del pecado genera la "criatura nueva", y las conversiones sucesivas, necesarias por la infidelidad al don de la vida nueva en Cristo. En el ámbito específico del matrimonio su misma realidad fundamental, es decir el amor, tiene necesidad de continua purificación, el amor conyugal y familiar está siempre amenazado de "disgregación" (ruptura o debilitamiento de la comunión) y también amenazado de "egoísmo" (negación o debilitamiento de la entrega). La espiritualidad familiar no puede, pues, prescindir de una permanente conversión.
- La conversión está orientada por su naturaleza a la 'reconciliación' con Dios y con los hermanos. El amor humano, dada la condición de los hombres, es frágil y muchas veces está herido y tiene sus fallos. "La comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de

Universidad Pontificia de Salamanca

todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación. Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar"[59].

El perdón es la sanación de esas heridas porque aquel que se ha sentido herido, habiendo experimentado tantas veces el perdón de Dios, se anima a hacer otro tanto y comenzar de nuevo. El per-dón, es decir, el darse por encima de las dificultades, es la expresión máxima del amor revelado en la cruz. Cuando el otro, esposo o esposa, ha perdonado gratuitamente movido por el Espíritu, cura de verdad las heridas. Perdonar no es siempre fácil pero siempre es necesario, porque perdonar implica también aceptar nuestras imperfecciones. Con el paso de los años... los esposos se van entrenando mutua y pacientemente. Llegan a aprender que quien ama más y mejor, es el que está mejor capacitado para tomar la iniciativa a la hora de perdonar. Porque no se puede olvidar que el Señor es quien confía los esposos el uno al otro, y a ambos los hijos, y es El quien otorga una gracia inagotable que los acompaña a lo largo de todo su itinerario familiar. "Cada familia está llamada por el Dios de la paz a hacer la experiencia gozosa y renovadora de la 'reconciliación', esto es, de la comunión reconstruida, de la unidad nuevamente encontrada. En particular la participación en el sacramento de la reconciliación y en el banquete único del cuerpo de Cristo ofrece a la familia cristiana la gracia y la responsabilidad de superar toda división y caminar hacia la plena verdad de la comunión querida por Dios, respondiendo así al vivísimo deseo del Señor: "que todos sean una sola cosa" (FC 21).

Por todo esto que Juan Pablo II afirme: "La celebración de este sacramento adquiere significado particular para la vida familiar. En efecto, mientras mediante la fe descubren cómo el pecado contradice no sólo su alianza con Dios, sino también la alianza de los cónyuges y la comunión de la familia, los esposos y todos los miembros de la familia son alentados al encuentro con Dios 'rico en misericordia', el cual, infundiendo su amor más fuerte que el pecado, reconstruye y perfecciona la alianza conyugal y la comunión familiar"[60].

A esta luz asume un significado particular el intercambio de la paz en la celebración eucarística, en la cual los esposos, al participar juntos, son signo de la reconciliación alcanzada y, al mismo tiempo, interpelación a una constante conversión.

[59] JUAN PABLO II, *FC* 21
[60] JUAN PABLO II, *FC* 58.

Universidad Pontificia de Salamanca

7. La plegaria familiar: expresión de la espiritualidad familiar

La oración en familia, que en otros tiempos fuera muy extensa, ha quedado hoy muy reducida y a veces, desgraciadamente, relegada al olvido. Dejando a un lado prácticas y expresiones que hoy resultan ingenuas o anacrónicas, es preciso crear expresiones nuevas que respondan a las características propias de la oración familiar. La "*Familiaris consortio*" (n. 59) señala las siguientes:

- Hecha en común. Los esposos juntos, los padres junto con los hijos y con los abuelos, cuando sea posible.
- Fruto y exigencia de comunión. No deben rezar juntos los que viven enfadados, pero a veces, justamente la oración en común es la oportunidad de la reconciliación.
- Su contenido original es la misma vida de familia: alegrías y dolores, esperanzas y tristezas, nacimientos y cumpleaños, aniversarios de la boda de los padres, partidas, alejamientos y regresos, elecciones importantes y decisivas, muerte de las personas queridas, etc...
- No es una evasión que desvía del compromiso, sino que empuja fuertemente a él (FC. 62).
- Los padres han de iniciar a sus hijos en el progresivo descubrimiento del misterio de Dios y en el coloquio personal con El, sobre todo con su testimonio (FC. 60).

Sin embargo hemos de reconocer que el proceso de secularización de las sociedades modernas ha afectado hondamente a las familias. No sólo en sus comportamientos externos, sino en la misma raíz de la idea de familia que viven las generaciones más jóvenes.

Así ocurre que "muchas veces, incluso entre esposos creyentes, no se llega a compartir en diálogo abierto y sincero la experiencia de la fe. Si la fe es auténtica constituye un aliento vital inseparable de la vida cotidiana, de las opciones y compromisos que vamos asumiendo en ella, especialmente en las cuestiones de mayor proyección en nuestra vida, como son las que se comparten en la vida conyugal. Comunicar la fe entre los esposos no consiste esencialmente en razonar juntos sobre verdades o contenidos religiosos, sino más en manifestar con sencillez el uno al otro la fuerza o debilidad de las propias convicciones, en expresar sinceramente los sentimientos religiosos, en descubrir las dudas o seguridades como petición u oferta de ayuda, en buscar y acoger juntos la presencia de Dios en las realidades cotidianas de la vida compartida. En el contexto de la vida matrimonial, la fe personal de cada uno de los esposos se va transformando en una fe conyugalmente vivida y compartida, en crecimiento común.

Universidad Pontificia de Salamanca

De esta experiencia brota la oportunidad y la necesidad de orar, celebrar, reflexionar y expresar juntos la fe"[61].

Madre Teresa de Calcuta decía: "Es necesario volver a traer la oración dentro de la familia. Cuando una familia ora, no se derrumba: la familia que ora, permanece en pie". Si nunca se reza en casa, ¿qué impide a los más pequeños actuar como si Dios no existiese? Orar en casa es una cosa estupenda. Algunos niños cuando ven rezar a otros se quedan sorprendidos: nunca lo habían visto en su propia casa. Madre Teresa solía añadir: "Cuando se ora, los semblantes se hacen más bellos". Es que la oración nos hace ver todo a la luz de Dios y nos hace descubrir la belleza auténtica de las personas.

"Ha llegado el momento –recuerda Benedicto XVI- de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?" [62]. Y el Papa sugiere también algunas iniciativas concretas:"Por eso tenemos que hacer todo lo que favorezca a la familia: círculos familiares, catequesis familiares, enseñar la oración en familia. Esto me parece muy importante: donde se hace oración juntos, está presente el Señor, está presente la fuerza que puede romper incluso la 'esclerocardía', la dureza de corazón que, según el Señor, es el verdadero motivo del divorcio. Sólo la presencia del Señor, y nada más, nos ayuda a vivir realmente lo que desde el inicio el Creador quiso y el Redentor renovó. Enseñar la oración en familia y así invitar a la oración con la Iglesia"[63].

Los padres pueden enseñar mucho a sus hijos en este sentido hasta con sus gestos y actitudes. Es necesario que venzan falsos pudores y superen una concepción estrecha de lo que es la oración cristiana. ¿Quién no recuerda la anécdota que cuenta el P. Duval, aquel jesuita francés famoso por sus canciones? Todas las noches, antes de acostarse, se reunían sus padres y hermanos para hacer la oración familiar. Rezaban el rosario. El, un niño de ocho o nueve años, llegó a

[61]OBISPOS DE PAMPLONA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Trasmitir hoy la fe*, Carta Pastoral de Cuaresma 2001, Idatz, San Sebastián 2001, 4

[62] BENEDICTO XVI, *DCE*, 37.

[63] BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos de Roma*, 2.03.06.

Universidad Pontificia de Salamanca

pensar: “Mi padre que es tan valiente, que manda en casa... que no se inmuta ante el alcalde... ahora se hace un niño pequeño ante Dios... Debe ser muy grande Dios para que se arrodille mi padre ante El y también muy bueno para que se ponga a hablarle sin mudarse de ropa...

En cambio a mi madre nunca le vi de rodillas. Demasiado cansada, se sentaba en medio, el más pequeño entre sus brazos... Debe ser muy sencillo Dios, cuando se le puede hablar teniendo un niño en brazos y en delantal. Y debe ser una persona muy importante para que mi madre no haga caso ni del gato ni de la tormenta.

Las manos de mi padre -cubriendo con ellas la frente- y los labios de mi madre me enseñaron de Dios mucho más que mi catecismo. Dios es una persona. Muy cercana. A la que se habla con gusto después del trabajo”[64].

8. Algunos retos a la espiritualidad familiar en el mundo de hoy

“¿Cómo comunicar a la gente de hoy la belleza del matrimonio? Vemos cómo muchos jóvenes tardan en casarse por la Iglesia, porque tienen miedo de hacer una opción definitiva. Más aún, también tardan en casarse por lo civil. A muchos jóvenes y también a muchos no tan jóvenes, una opción definitiva les parece un vínculo contra la libertad. Tienen miedo de fallar al final. Tienen miedo de que esta forma jurídica, como ellos la perciben, sea una carga exterior que apague el amor.

Es preciso ayudarles a comprender que no se trata de un vínculo jurídico, de una carga que se asume con el matrimonio. Al contrario, la profundidad y la belleza radican precisamente en el hecho de que es una opción definitiva. Sólo así el matrimonio puede hacer madurar el amor en toda su belleza. Pero ¿cómo comunicarlo? Creo que es un problema que afrontamos todos”[65].

Hay que aproximar lo más posible la espiritualidad a la realidad que viven las familias concretas evitando caer en el espiritualismo o en el intimismo. Necesitamos una espiritualidad familiar que tenga en cuenta las culturas diversas, las distintas organizaciones de la vida familiar, incluso la red de relaciones económicas en que se desenvuelve y la evolución de la familia en el tiempo. Una espiritualidad no sólo centrada en el matrimonio, en la unión conyugal, dimensión

[64] J. SANS VILA, *¿Por qué me hice sacerdote?*, Salamanca 1965, 98-100.

[65] BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano. Castelgandolfo*, 31 de agosto de 2006.

Universidad Pontificia de Salamanca

importante pero no la única de la vida familiar, sino abierta a los hijos y a las relaciones de la familia con otras personas y grupos dentro de la sociedad, asumiendo también las ambigüedades, conflictos y eventuales fracasos de la vida real. Las crisis en la vida matrimonial y familiar no han de significar necesariamente el fin de nada. Al contrario, frecuentemente son señales de vida y pueden representar un avance hacia una situación mejor. Significan que una etapa está cubierta, que hay que dar un paso adelante. Pueden ser señales de esperanza, si suponen llamadas a la generosidad, a la desinstalación, a la creatividad y al dinamismo. El Papa Benedicto XVI comentando los testimonios en el V Encuentro Mundial de Familias en Valencia decía: "Pero también fue importante el testimonio de las crisis que han sufrido. Uno de esos matrimonios casi había llegado al divorcio. Explicaron cómo habían aprendido a superar esa crisis, el sufrimiento ante la alteridad del otro, y cómo habían aprendido a aceptarse de nuevo. Precisamente al superar el momento de la crisis, del deseo de separarse, creció una nueva dimensión del amor y se abrió una puerta hacia una nueva dimensión de la vida, que sólo podría abrirse soportando el sufrimiento de la crisis. Esto me parece muy importante. Hoy se llega a la crisis en el momento en que constata la diversidad de temperamentos, la dificultad de soportarse cada día, durante toda la vida. Entonces al final se decide: ¡Separémonos!

A través de estos testimonios hemos comprendido que en la crisis, soportando el momento en que parece que ya no se puede más, realmente se abren nuevas puertas y una nueva belleza del amor. Una belleza hecha sólo de armonía no es una verdadera belleza; le falta algo; es deficitaria. La verdadera belleza necesita también el contraste. Lo oscuro y lo luminoso se completan. La uva para madurar no sólo necesita el sol, sino también la lluvia; no sólo el día, sino también la noche"[66].

No es fácil vivir una espiritualidad familiar que reúna todas estas características. Por eso conviene concebirla como una espiritualidad en camino, como un viaje nacido de la convocación de Dios que, a través de avances y retrocesos, contrariedades y tentaciones, conduce hacia el Amor infinito. El anhelo de una comunión perfecta en el amor, si no se puede realizar plenamente en este mundo, se verá satisfecho en la plenitud escatológica. Mientras tanto, el crecimiento siempre es posible. "Día a día -afirmaba el Papa en su viaje a Estados Unidos en 1987- las parejas de esposos cristianos están llamadas a abrir sus corazones cada vez más al Espíritu Santo, cuyo poder nunca faltará y que los hará capaces de amarse el uno al otro como Cristo nos ha amado. [...] Todo esto constituye la norma de vida y el programa de crecimiento personal de las parejas cristianas. Y toda

[66] BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano. Castelgandolfo*, 31 de agosto de 2006.

Universidad Pontificia de Salamanca

comunidad cristiana tiene una grande responsabilidad de ayudar a las parejas cristianas en su amor"[67].

El matrimonio y la familia se encuentran al principio y al final de la Sagrada Escritura. Desde el Génesis: "Creó Dios al hombre y a la mujer", y "vio que era muy bueno" hasta el fin del Apocalipsis, con las bodas del Cordero. Porque Dios es Amor. Por ello el amor será siempre, pues, es "más fuerte que la muerte". *La realidad es y será familia.*

[67] JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa en Columbia (USA, 11.0 9. 87.*

Universidad Pontificia de Salamanca